

# UN REFUGIO CONFORTABLE

por Javier Marías · ilustración de Pablo Amargo

**SE HA CONVERTIDO EN UN TÓPICO CITAR EN ESPAÑA EL** arranque de una novela de L. P. Hartley que no muchos habrán leído, *El mensajero*, de 1953, brevemente famosa hacia 1970 por la película que inspiró, de Joseph Losey, con Julie Christie y Alan Bates en los papeles principales. Ya saben:

«El pasado es un país extranjero. Allí las cosas se hacen de manera diferente».

Sin duda es acertada, y se entiende su fortuna. Pero, siguiendo su modelo, también se podría decir que el pasado es un refugio, o que es reconfortante.

Y lo es sobre todo por eso, porque ya es pasado, porque todo lo que tenía que ocurrir ya ocurrió, porque sabemos su final, porque las amenazas y los peligros ya se cumplieron y los que habían de salvarse se salvaron y los que habían de morir murieron. Porque, a diferencia del presente y del futuro, ya no puede alcanzarnos, y lo malo que en él sucedió les sucedió a otros, no a nosotros. Por así decir, en el pasado estamos a salvo, podemos apasionarnos y leer de sus acontecimientos con el alma en vilo, pero lo visitamos como si fuera un vasto espectáculo. A menudo espantoso, no deja de causarnos congoja, pero mantenemos con él un distanciamiento parecido al que mantenemos con las ficciones. El pasado, de hecho, está destinado a ser percibido como ficción, incluso cuando sabemos que no lo es y que lo que se nos relata aconteció verdaderamente, que personas como nosotros sufrieron atrocidades y soportaron desventuras que casi nos resultan inimaginables, aunque se parezcan bastante a las actuales. Por mucho que nos horroricen, podemos consolarnos pensando: «Pero esto ya pasó, ya no es presente, no sucede. Y nada de eso se cierne sobre nosotros ni está en nuestra mano evitarlo».

En el pasado, así, se vive a resguardo. De ahí, tal vez, el éxito excesivo y reciente de las novelas y películas históricas, o, como se llamaban antes con mayor propiedad y menos pretensiones, «de época». Descansemos en los problemas de los demás, en los que ya no nos conciernen. Lo curioso es que, dentro de las incontables épocas que están a nuestra disposición, sea para estudiarlas con rigor o para disfrutarlas

en sus mitificaciones artísticas, hay algunas más reconfortantes que otras, y una de las que más lo resulta es la que, grosso modo, comprende el último cuarto del siglo XIX y los primeros años del XX, quizá hasta el estallido de la Primera Guerra Mundial. Es indudable que la imagen que del pasado tenemos, o predomina, procede sobre todo de las ficciones, es decir, de la representación más vivaz, de la popularización y trivialización de cada pasado, si así quiere expresarse. Nuestra figuración de la Inglaterra de esos tiempos está teñida de Dickens y de Thomas Hardy, de Conan Doyle más adelante.

La Francia de ese periodo la configuran Flaubert, Balzac, Baudelaire, luego Proust, en mucha mayor medida que cualquier sesudo estudio histórico; de la misma forma que la España del siglo XVII la visualizamos infinitamente más a través del *Quijote* —y de algunas pinturas— que de ningún documento o crónica. La impresión que tenemos de esa época (también la de Verne y Stevenson, Conrad y Henry James y Tolstoy, incluso la de Stoker y Dumas, pese a que este último escribiera sobre todo novelas que entonces ya eran históricas) es que se trataba de un mundo en orden y lleno de optimismo y de fe en el progreso: se nos aparece como un territorio lleno de exploraciones y hallazgos y de descubrimientos científicos, de reformas sociales, de fantasías sobre un futuro mejor que el presente, de sociedades a buen seguro injustísimas pero en las que cada cosa y cada persona estaban en su sitio y eran todas descriptibles, por tanto, o aún más, eran «contables». Un mundo en el que funcionaba todo y que, pese a sus ilimitadas posibilidades (y a sus horrores semiocultos), era comprensible y hasta cierto punto abarcable. Si uno lee las aventuras de Sherlock Holmes, por poner un ejemplo mínimo, anecdótico, descubre con estupefacción que una carta echada al correo en Londres por la mañana llegaba al destinatario esa misma tarde, y que no lo hiciera se consideraba anómalo. Fueron los británicos quienes inventaron el confort (la cosa misma, la palabra y el concepto), y lo inventaron en aquel tiempo. Quizá por eso, en parte, seguimos frecuentando tanto las obras maestras de ese largo periodo y las que no llegan a serlo: no sólo nos permiten visitar un refugio como el que nos ofrece cualquier pasado, sino además uno optimista, confortable y efervescente, con la grata dosis de ingenuidad y buena fe de quienes aún creían en el futuro. ■■■